

os confiere, por medio del decreto que tengo el honor de presentaros, el título de lugarteniente general del reino hasta la llegada del rey, vuestro augusto hermano. Nuestra respetuosa confianza no puede honrar más dignamente la antigua lealtad que os ha sido transmitida por vuestros antepasados.

»Señor: el senado, en estos momentos de pública alegría, obligado á permanecer en apariencia más tranquilo para no traspasar el límite de sus deberes, no se halla por esto menos poseído de los sentimientos universales. V. A. R. leerá en nuestros corazones á través del recato de nuestras palabras...» Mr. de Talleyrand añadió á estas frases firmes y respetuosas las protestas de adhesión que entonces estaban en todas las bocas, con la diferencia de que se expresó menos vulgar y bajamente que acostumbraban á hacerlo casi todos.

El príncipe respondió con el texto de la declaración acordada. «Señores, les dije, estoy enterado del acto constitucional que llama al trono de Francia al rey mi augusto hermano. No he recibido de él poder para aceptar la Constitución, pero conozco sus sentimientos y sus principios y no creo verme desmentido *al asegurar en su nombre que admitirá las bases...*» Después de contraer esta obligación explícita, la declaración enumeraba las indicadas bases, es decir, la división de los poderes, la participación en el gobierno del rey y de las cámaras, la responsabilidad de los ministros, el voto para los impuestos de la nación, la libertad de la prensa, la libertad individual, la libertad de cultos, la inamovilidad de los magistrados, el sostenimiento de la deuda pública, de la venta de los bienes nacionales, de la Legión de Honor, de los grados y dotaciones del ejército, y la prescripción de los votos y actas anteriores, etc. «Yo espero, añadió el príncipe, que os bastará la enumeración de estas condiciones, porque comprenden todas las garantías que pueden asegurar la libertad y el reposo á la Francia.» Esta alocución gustó mucho, y enardecido el príncipe con el éxito que habían alcanzado sus palabras, habló con buen acierto primero al senado y después á diversos senadores, á los que trató con la mayor cordialidad. Uno de ellos no pudo menos de exclamar: «Sí, la sangre que circula por vuestras venas es la de Enrique IV.—Su sangre circula por mis venas, es cierto, repuso el príncipe, y yo quisiera estar dotado de su talento, pero á falta de él tendré su corazón y su amor á la Francia.» Estas palabras excitaron entusiastas aclamaciones, y el senado y el príncipe aparecieron dos poderes completamente reconciliados. Después del senado se presentó el cuerpo legislativo, ansioso de prestar su adhesión al acta que se sancionaba á su vista. El príncipe le dirigió algunas frases, manifestándole cierta preferencia, puesto que le felicitó por haberse resistido á la tiranía, felicitación que no podía dar al senado. Este agasajo vivamente apreciado por el cuerpo legislativo, pero del que apenas pudo apercibirse el alto cuerpo, se perdió en la alegría general.

El príncipe había alcanzado un completo triunfo y estaba sumamente satisfecho de sí mismo. La idea de presentarse ante un gran cuerpo compuesto de personas las más respetables de Francia, le había inspirado algún temor, pero contento al ver lo bien que había salido del paso y movido por su acostumbrada vivacidad, olvidó al parecer su cólera anterior. «Por vida mía, dijo á sus

amigos íntimos, el compromiso está ya aceptado y es preciso cumplirle lealmente: si en el transcurso de algunos años se ve que las cosas no pueden marchar así, ya veremos el medio de arreglarlas de otra manera (1).»

Desde aquel momento pudo considerarse el príncipe legalmente investido con la autoridad real, después de haber vencido con bastante habilidad una de las más graves dificultades de la situación; pero de pronto se acordó de que hacia ya quince días que, impulsado por la fuerza de las circunstancias, había obrado por sí ó excitado por sus amigos sin contar para nada con Luis XVIII. A pesar de esto, no podía culpársele ni de abandono, ni de usurpación, porque no había tenido una hora libre para consagrarla á la obediencia del rey, y en cada uno de sus actos no había hecho más que ceder á la necesidad. Sin embargo, su hermano, dotado de ingenio, envidioso de la gloria de los demás, y cáustico, le inspiraba temor. Apercibiéndose, pues, de que desde su salida de Nancy no había pensado en consultar á su hermano sobre lo que había hecho, y comprendiendo naturalmente que él se creería rey sin estar sometido á condición alguna, casi se horrorizó de su comportamiento. «¡Y mi hermano!, exclamó; no hemos contado con él; de nada le hemos dado parte. ¿Qué es lo que pensará?» Mr. de Vitrolles, un poco sorprendido al ver este remordimiento tan cándido y tan falto de fundamento, le respondió recordándole que por de pronto había prestado á Luis XVIII un gran servicio que nunca debería olvidar, apoderándose para él, en medio de aquel caos, de la corona que ceñiría á sus sienes; añadió que por otra parte había faltado el tiempo preciso para dirigir las consultas á Londres, que en la conducta que había observado el príncipe estaba de manifiesto su lealtad, y que no habiendo habido ocasión de dar cuenta de lo ocurrido á Luis XVIII, el monarca comprendería perfectamente que el momento en que se le participase lo acordado sería el primero de que se había podido disponer. Algo repuesto de su temor, el conde de Artois eligió al conde de Bruges para enviarle á Inglaterra con la misión de dar parte á Luis XVIII de cuanto se había hecho, explicarle la causa de los actos, y recibir sus reales órdenes con respecto á lo que debería practicarse en lo sucesivo y á los preparativos que deberían hacerse para su viaje á Francia.

Una vez investido el conde de Artois con la autoridad real, era preciso poner término á la existencia del gobierno provisional sin descartarse de los hombres que lo habían formado, ni de su influencia. Aparte de la falta de gratitud, hubiera sido grande la imprudencia de separarlos tan rápida y bruscamente. El medio de no herir las susceptibilidades estaba claramente indicado: éste era el de formar el consejo del conde de Artois con los miembros del gobierno provisional, y la creación de este consejo era de todo punto necesaria, porque el príncipe, por mucho que conociese á los hombres y las cosas, no podía pasar sin él. El gobierno provisional fué, pues, convertido en consejo de gobierno, deliberando con el príncipe sobre todos los asuntos del Estado. Los ministros perfectamente elegidos por la opinión pública, y algunos dignos de gobernar á la

(1) Estas palabras las ha reproducido Mr. de Vitrolles, amigo muy adicto al príncipe. (N. del A.)

Francia en cualquier tiempo, fueron los ministros del rey, esperando la llegada de Luis XVIII para que los confirmase en sus destinos.

Con todo, el consejo del príncipe, formado solamente por el gobierno provisional, hubiera sido bastante incompleto, desde más de un punto de vista. Faltaban en él representantes del ejército, puesto que no se podía considerar como tal al anciano Beurnonville, buen oficial en otro tiempo, pero tan abandonado entonces, que las falanges gloriosas que habían recorrido la Europa durante veinte años no le hubieran reconocido. Para llenar este vacío se pensó en echar mano de dos personajes, del mariscal Suchet por su talento militar y sus condiciones de hombre de gobierno, y del mariscal Marmont por el señalado servicio que había prestado á la causa del trono; pero Mr. de Talleyrand no quiso tener tan cerca á un personaje tan respetable como el mariscal Suchet y nadie tuvo la abnegación ni el gusto suficientes para adherirse al mariscal Marmont. Este desgraciado, que había creído colocarse en primer término al pasarse á las filas del gobierno provisional, logró hacerse odioso para sus antiguos compañeros é importuno para sus nuevos amigos. Los militares, atribuyendo á la deserción del 6.º cuerpo más influencia de la que había tenido en el resultado de la guerra, se complacían en pensar y sobre todo en decir que únicamente la traición podía haberlos vencido, y en el momento en que abandonaban á Napoleón para ponerse á las órdenes de los Borbones, tenían gran cuidado de establecer una distinción muy notoria entre el acto de *hacer traición* y el de *afiliarse*. Así es que cuanto más afiliados estaban, tanto más severos eran con Marmont, á quien consideraban como el traidor por excelencia.

Apercibiéndose el desgraciado del abismo en donde había caído sin querer, clamaba contra la injusticia de la suerte; y cuanto más sufría, tanto más se agitaba é iba y venía de un lado á otro, ya para darse importancia, ó ya para prestar al ejército servicios que tuviera que agradecerle, deseo que le inspiró particularmente su inmenso ardor en defensa de la escarapela tricolor y que provocó las medidas que se tomaron contra la deserción. Pero en vez de lograr con todo esto la absolución de sus compañeros, sólo consiguió hacerse singularmente incómodo á los que había servido, por los actos que ejecutaba, por las pretensiones exageradas que tenía y por las quejas de ingratitud próximas siempre á escaparse de sus labios cuando no se hacía lo que deseaba. Su vanidad, su ligereza, su ardor mismo aumentaban los inconvenientes de su posición y llegó á ser una pesada carga para el partido á quien había asegurado el triunfo: ¡terrible ejemplo para todos los que en las revoluciones traspasan la línea de los deberes que les impone su posición! Escogerle, pues, para formar parte del consejo supremo, era de todo punto imposible, y no se habló de él más que para convenir en que era preciso no contar con su apoyo. En vista de esto, se llamó á dos valientes militares, justamente estimados en el ejército é incapaces de ejercer la menor influencia política, los mariscales Moncey y Oudinot, que habían sido los primeros en afiliarse á la causa del trono. Estos nuevos colegas convenían á Mr. de Talleyrand porque no podían hacerle sombra. Además se hizo otra elección de distinto valor, la del general Dessoles, quien tampoco manifestaba pre-

tensiones importunas. Hacía ya tiempo que se tenía noticia de que este jefe del estado mayor de Moreau era un hombre distinguido. Después de haberle visto obrar pasados algunos días, se convencieron de ello, y descubrieron en él más de lo que esperaban. Manifestaba poseer un ingenio delicado, bien cultivado y entendido en todas materias, un carácter independiente y las convicciones honradas de aquella época, esto es, las de que era preciso buscar en adelante bajo la dominación de los Borbones la paz y una prudente libertad. Además había sabido el general Dessoles conquistarse en pocos días el favor de la guardia nacional, que compuesta de las personas de la clase media de París, de gentes acomodadas y profesando ideas sanas y templadas, debía ser para el nuevo gobierno una fuerza de las más respetables, ante el ejército imperial ya devorado por los remordimientos y el ejército aliado que obedecía á la influencia extranjera. El general Dessoles fué, pues, llamado á formar parte del consejo real, tanto por el deseo de la guardia nacional como por sus especiales condiciones.

Entre todos los personajes que rodeaban el trono había uno que después de haber servido de intermediario entre las potencias de aquella época, y corrido grandes riesgos por la causa real, abrigaba la pretensión de no ser abandonado como instrumento inútil para lo sucesivo: este personaje era Mr. de Vitrolles. Convertido en el agente especial y casi en el amigo del conde de Artois, aspiraba á representar bajo el cetro de los Borbones el papel que había representado bajo el imperio Mr. de Basano. Esto era desear un imposible, puesto que la misión de Mr. de Basano, que no era otra que la de recibir órdenes de un dueño absoluto y comunicarlas á ministros, verdaderos oficiales de secretaría, había concluido con la caída de Napoleón. A pesar de esto Mr. de Vitrolles tomó á su cargo espontáneamente las funciones de secretario del consejo real para anotar sus deliberaciones, lo que disgustó mucho á Mr. de Talleyrand, porque pensaba, y con razón, que lo que era preciso registrar en un gobierno, eran los acuerdos definitivos, y no esas infinitas opiniones, frecuentemente contradictorias, que sostienen á veces aun los hombres más sabios antes de pronunciar sus últimas resoluciones. Mr. de Vitrolles se encargó, pues, del papel que hemos indicado, y aunque no se le ordenó que cesara en sus funciones, se le suplicó más de una vez que dejase de escribir.

Sin embargo, las ambiciones que se agitaban en derredor del nuevo gobierno no habían sido satisfechas del mismo modo, y entre otros pretendientes quedaba el abate de Pradt, quien se creía tan útil como era petulante, y del que nadie hubiera pensado hacer un ministro, ni mucho menos deseado tenerle por colega, razón por la cual se le colocó en un brillante aislamiento, nombrándole gran canciller de la Legión de Honor. También había otro personaje, quien después de haber sido durante mucho tiempo amigo de Napoleón, anteriormente su discípulo, y después de haber perdido su confianza, se desahogaba, profesándole un terrible odio, de Ja desgracia en que había caído respecto de él. Este personaje era Mr. de Bourrienne, á quien se nombró en los primeros momentos administrador de correos y á quien se conservó en el mismo empleo, porque ya lo desempeñaba y porque hubiera sido embarazoso buscarle otro destino.

A pesar de hacerse estos nombramientos, quedaban todavía por favorecer muchos de los miembros de aquella emigración que, vuelta á Francia anteriormente ó al mismo tiempo que los Borbones, consideraba su reinado no sólo como su triunfo, sino también como su patrimonio. Algunos de ellos, llegados de Inglaterra ó de las provincias, se apresuraban á acercarse al conde de Artois, quien no pudiendo darles entrada en el gobierno del Estado, tuvo que verse precisado á formar con ellos un gobierno particular, ó lo que es lo mismo, un centro de protegidos. Ya hemos hablado de MM. Montciel y de la Maisonfort, llegados el uno del Franco Condado y el otro de Inglaterra, hombres de mérito y de experiencia, y que no deben ser confundidos con la turba de impacientes que sólo buscan su provecho en las revoluciones.

El conde de Artois les dió colocación en las Tullerías para que formasen á su lado una especie de consejo secreto de toda su confianza. Si el conde de Artois no hubiera admitido á su lado más que hombres como los dos que hemos citado últimamente, por más que las dobles influencias sean siempre perniciosas en un gobierno, el daño se hubiera aminorado en parte por la calidad de la elección de consejeros. Pero mientras que su hermano Luis XVIII, movido por la prudencia, por la pereza y el desdén, se había constantemente conservado á larga distancia de los agentes del trono que llegaban á Inglaterra desde la Vendée y París llevando falsas informaciones y haciendo concebir mentidas esperanzas, el conde de Artois, incitado por su índole en mezclarse en todo y por la amabilidad de su carácter, se había siempre rodeado de ellos y ya llegaron á asediarse por lo menos tanto como el tiempo lo permitió. Con efecto, las Tullerías comenzaban á llenarse de hombres que le recordaban sus servicios prestados aquí ó allá, que le manifestaban haber sido encargados de desempeñar esta ó la otra comisión, muy peligrosa á creer sus palabras, y que se ofrecían á proseguir sirviendo al trono en cualquier puesto que se les señalase. Los unos proponían su ida á los departamentos para substituir en sus funciones á los prefectos y subprefectos más rebeldes del imperio, los otros deseaban ponerse en seguimiento de los miembros de la familia Bonaparte para arrebatárselas riquezas que, según ellos, se llevaban. Algunos ofrecían también, si se quería, desembarazar á la Francia del tirano, quien á pesar de verse destronado no la dejaría nunca en reposo si se le dejaba con vida. El conde de Artois, sin escuchar y sobre todo sin examinar estas proposiciones, acogía á los oficiosos, estrechaba la mano de todos, no ponía en duda sus pretendidos servicios, no decía á ninguno que no se acordaba de haberle visto otra vez, escuchaba los ofrecimientos de unos y otros, les prodigaba en cambio las promesas de protegerlos con una abundancia de afección y de palabras debidas tanto á su ligereza como á la bondad de su carácter, no se cuidaba más que de contentar á todos, y trataba lo mismo á los honrados realistas fieles á sus principios sin haberlos jamás manchado con una mala acción, que á los que habían cometido innumerables crímenes durante la guerra civil.

A todos, sin excepción alguna, les decía que era preciso que tuvieran paciencia, que cada cual alcanzaría la recompensa de sus servicios siempre que no se apresu-

rasen á reclamarla, que en los primeros momentos se había visto obligado á rodearse de la *gente* de Bonaparte, la que á su vez había prestado servicios que era preciso tener en cuenta, pero que llegaría su turno á los realistas puros y que no habrían en vano sufrido, amado y esperado, durante veinticinco años.

Incapaz de querer á ciencia cierta lo malo, pero no así de oponerse á su influencia, el conde de Artois fué, pues, desde los primeros días el centro de dos gobiernos, el uno regular, formado por los antiguos funcionarios del imperio que habían colocado el cetro en sus manos, y el otro irregular y hasta podría decirse clandestino si no hubiera sido universalmente conocido, compuesto de realistas oprimidos por la revolución y anulados por el imperio, de los cuales los unos habían atravesado honradamente la guerra civil y los otros contraído los vicios que esta lucha engendró. El príncipe se agitaba entre uno y otro, sonriendo á los dos, soñando en conciliarlos y en sacar gran provecho para su causa de esta conciliación: papel doble en cuyo desempeño hubiera sucumbido el hombre más fuerte y más sabio del mundo.

Por lo tanto, la situación de la Francia era lamentable y muy urgente remediarla. En el Franco Condado, en la Alsacia, en la Lorena, en la Champaña, en la Borgoña y en Flandes reinaban la desolación y el espanto. Las tropas enemigas y especialmente las prusianas cometían atrocidades que los ejércitos franceses, aunque habían cometido deplorables excesos en los países conquistados, no hubieran llevado á cabo, al menos hasta aquel punto. Sus monarcas prescribían desde París con la mejor buena fe la disciplina y la humanidad, pero sus oficiales, creyendo que podían desobedecer estas órdenes y que en todo caso esta desobediencia quedaría ignorada ó impune, no se privaban de nada ni privaban á sus soldados. Tomaban lo que les convenía y destruían mucho más de lo que tomaban. En Champaña particularmente, donde la guerra había sido cruelesísima, las aldeas estaban reducidas á cenizas, los habitantes puestos en fuga, las comunicaciones interrumpidas, los puentes destruidos y los caminos deteriorados y cubiertos de cadáveres. Los aldeanos, excitados por la ira, degollaban sin piedad á los soldados extranjeros que caían en su poder. Las autoridades imperiales habían sido reemplazadas por personas que se habían ofrecido á desempeñar sus cargos, ó que siendo elegidas en las mismas localidades, servían para proporcionar al enemigo cuanto necesitaba por medio de una exacción violenta, pero de todos modos preferible al pillaje. A este espectáculo desolador había que añadir otro que excitaba las más vivas inquietudes. Los ejércitos franceses, sobre todo los que más se habían comprometido en la lucha, se hallaban enfrente y muy cerca de los ejércitos coligados. El primer sentimiento que experimentaron fué el de una especie de satisfacción por ver terminarse una guerra horrorosamente mortífera; pero después sintieron un vivo pesar, y este pesar no tardó en convertirse en una cólera furiosa contra los *traidores*, á los que achacaban la desgracia de nuestras armas. En su efervescencia, parecían próximos á arrojarse de nuevo sobre el enemigo, y sólo se libraban de esta propensión á la que todos estaban inclinados, desertando de sus filas; indisciplina que, como hemos dicho, llegó á ser un contagio general.

Así pues, los caminos se hallaban llenos de militares que se marchaban en grandes grupos con armas, bagajes y caballos, poniendo á la nación en el caso de no tener soldados ó de tenerlos demasiado leales y ávidos de volver á dar principio á la guerra por cuenta propia.

En las provincias que se habían librado de la invasión, las autoridades, inciertas, inquietas, temerosas de abandonar demasiado pronto á Napoleón ó de adherirse á los Borbones demasiado tarde, observaban una conducta equívoca y no eran bastantes á contener la conmoción de las poblaciones que se hallaban bajo su salvaguardia.

En el centro de Francia, lugar generalmente pacífico, las dificultades que se ofrecían no eran grandes y se vencieron después de algunas vacilaciones que dieron que hablar á la maledicencia pública; pero en la Vendée, el Mediodía, en todos los parajes en donde se hallaban frente á frente los realistas y los revolucionarios, la debilidad de las autoridades era de todo punto peligrosa. El pago de los impuestos era tan reprobado como la contribución de sangre. Los duques de Angulema y de Berry, siguiendo el ejemplo del conde de Artois, se habían presentado, el uno en Gascuña, y el otro en Normandía, gritando: «¡No más quintas, no más derechos reunidos!» Se deseaba que la segunda de estas promesas fuese inmediatamente realizada, y desde Marsella á Burdeos se negaron todos á satisfacer las contribuciones indirectas. Para completar este triste cuadro debemos añadir que los ingleses, fieles á su nombre de introducir sus mercancías en los países donde entraban sus tropas, inundaron el litoral de la Mancha, del Océano y del Mediterráneo con azúcares, cafés, tegidos de algodón y hierro, vendiendo estos objetos á tan mezquino precio, que amenazaban arruinar á nuestros negociantes y echar por tierra nuestras manufacturas, puesto que los primeros no tenían en sus almacenes más que géneros coloniales por los que con arreglo á la tarifa habían pagado el cincuenta por ciento, y las segundas no podían ofrecer á los consumidores más que productos fabricados con primeras materias excesivamente caras. Así es que una catástrofe comercial estaba próxima á aumentar las calamidades de una terrible guerra. El Tesoro, por último, no contaba tampoco ni con un millón disponible. En las provincias invadidas, las cajas habían sido ocupadas por el enemigo; y en las que las tropas extranjeras no habían penetrado, había cesado de percibirse el producto de las contribuciones.

Cuando se ven los obstáculos que asedian á todo nuevo gobierno emanado de una revolución, no puede uno menos de acobardarse, y creer imposible su consolidación sin el auxilio de un genio prodigioso. Pero tal genio no es necesario en los primeros momentos, porque una especie de benevolencia general ayuda á los gobiernos en su principio y sólo después de la sabiduría que despliegan más tarde, cuando han atravesado las situaciones más difíciles, es cuando se les debe juzgar.

El gobierno provisional envió desde luego á las provincias comisionados extraordinarios, encargados de transmitirles lo que en aquella época se llamaba las *actas del senado*, de dárselas á conocer, hacérselas aceptar y ejecutar, de poner en libertad á los sacerdotes realistas detenidos, de extinguir las vejaciones que causaban las quintas y de hacer un examen detenido de las autorida-

des locales, prefectos, subprefectos y alcaldes, afiliándolos al partido de los Borbones ó destituyéndolos. La elección de estos comisarios se hizo de la manera más conciliatoria y se le dieron las más prudentes instrucciones. Con estos cargos fueron favorecidos algunos hombres de la *gente de Bonaparte* (que así se llamaba á los que, educados en el régimen de Napoleón, habían sabido separarse de él á tiempo), y algunos grandes señores de las pasadas épocas, moderados y benévolo, como se suele ser cuando se está poseído de la primera alegría del triunfo. Entre ellos se veían confundidos unos con otros, el mariscal Kellermann enviado á la 3.<sup>a</sup> división militar (Metz); el conde Dejeán, á la 11.<sup>a</sup> (Burdeos); el duque de Plaisance, sobrino del archivero Lebrún, á la 14.<sup>a</sup> (Caén); Mr. Otto, antiguo diplomático, á la 21.<sup>a</sup> (Bourges); el general Marescot, compañero de infortunio del general Dupont, á la 20.<sup>a</sup> (Perigueux); el conde Julio de Polignac, á la 10.<sup>a</sup> (Tolosa); el conde Roger de Damas, á la 4.<sup>a</sup> (Nancy); el conde Augusto de Juigné, sobrino del antiguo arzobispo de París, á la 7.<sup>a</sup> (Grenoble); el conde Bruno de Boisgelin, á la 8.<sup>a</sup> (Tolón); el caballero de la Salle, hijo del antiguo gobernador de Alsacia, á la 6.<sup>a</sup> (Estrasburgo); el conde Alejo de Noailles á la 19.<sup>a</sup> (Lyón), etc. Estos personajes tan diversos se pusieron en marcha inmediatamente para llevar á los departamentos la buena noticia de la vuelta de los Borbones, de la paz y de la libertad, al mismo tiempo que para predisponer los ánimos á esta revolución.

El gobierno se apresuró á diseminar del mejor modo posible el ejército que Napoleón había concentrado en los alrededores de Fontainebleau y reemplazar con nuevos jefes los que le inspiraban temores. Se dispersó á la guardia imperial que formaba reunida un conjunto invencible y se la acantonó en los departamentos donde su actitud no ofrecía peligro. La antigua guardia quedó en Fontainebleau, pero los jóvenes soldados fueron enviados á Orleans. La caballería fué destinada á Bourges, Saumur y Angers; la artillería á Vendome; el 6.<sup>o</sup> cuerpo, que impulsado por el mariscal Marmont y sus generales de división se había separado de la causa imperial, fué restablecido en Rouén y en sus alrededores; el 7.<sup>o</sup>, de Oudinot, compuesto de una gran parte de las tropas regresadas de España, en Evreux con la caballería del conde de Valmy; el 11.<sup>o</sup>, de Macdonald, fué enviado con la caballería de Milhaud á Chartres, y el 2.<sup>o</sup>, del general Gerard, á Nevers, con la caballería de San Germán. El resto de los polacos fué reunido en Saint-Denis á disposición del emperador de Rusia, y del mismo modo se reunió á los croatas en Dijón para restituirlos al príncipe de Schwartzberg, y á los belgas en San Germán, para devolverlos al príncipe de Orange. Obrando de este modo, no era ya posible temer las colisiones entre las tropas extranjeras y las francesas. El general Maisón, que se había honrado con la campaña de Bélgica y distinguido por su firmeza en mantener la disciplina, quedó al frente de las tropas de Flandes. El mariscal Davout pasaba por ser un obstinado partidario del imperio. La resistencia que había opuesto en Hamburgo exasperó á los soberanos aliados; su nombre atemorizaba en Alemania á todos los enemigos de la Francia; no había vacilado en hacer fuego sobre la bandera blanca, porque la habían enarbolado ante él al lado de la ban-

dera rusa, y todos estos eran actos que, aun sin usar una grande intolerancia, le hacían inadmisibles por el nuevo gobierno. El general Gerard fué enviado á Hamburgo en su reemplazo. Se eligió al general Grenier para que condujese á Francia el ejército de Italia, sin acordarse nada respecto á él, y á Augereau para mandar durante la paz las tropas del Delfinado, que tan desacertadamente había dirigido durante la guerra, pero que no parecía dispuesto á entregar á Napoleón, al menos á juzgar por el espíritu de la proclama que acababa de publicar, y relativamente á los mariscales Soult y Suchet se obró bajo la impresión de las noticias que se recibieron acerca de su comportamiento. Según estas noticias, el mariscal Suchet se había mostrado tranquilo y circunspecto; el mariscal Soult, hostil, rebelde, extremadamente afecto al imperio. Con este motivo se prescribió á este último que cediese su mando al primero, y el mariscal Suchet reunió bajo sus órdenes á los antiguos ejércitos de Aragón y de Castilla.

Después de tomadas estas urgentes medidas, era preciso dictar otra muy grave respecto del ejército; tal era la referente á la quinta, institución necesaria, pero universalmente odiada en aquel tiempo. A pesar de las imprudentes promesas que habían proclamado los príncipes, se acordó la sabia determinación de no acordar nada definitivo en aquellos momentos, aplazándose de este modo con el pretexto de reservar respetuosamente al rey, todavía ausente, la resolución de todas las cuestiones de alta importancia. Pero como era preciso tomar algún acuerdo respecto de la deserción, se decidió que los quintos de 1815, reclutados en 1814 según la costumbre imperial de anticipar un año los sorteos, podrían permanecer en sus casas si no habían vuelto á alistarse bajo sus banderas, ó volver á sus puestos si habían abandonado sus respectivas localidades. Esto no era más que legalizar de cierto modo un hecho consumado casi en todas partes. Se contaba con razón con que las fuerzas que volvían en gran número de Italia, España, Rusia, Alemania é Inglaterra proporcionarían á la nación un conjunto de soldados excelentes, quizá mucho más numeroso del que podría sostener.

Con efecto, satisfacer sus gastos iba á ser una de las principales dificultades con que iba á tropezar el nuevo gobierno. Napoleón en los últimos días de su reinado había dado vida al Tesoro prestándole dinero que tomaba de las economías de su pensión particular, cuando veía agotadas las rentas extraordinarias. Como sabemos, de los ciento cincuenta millones sobre poco más ó menos que había ahorrado de sus pensiones particulares, sólo le quedaban diez y ocho en enero de 1814, y diez más, que con su vajilla fueron arrancados en Orleáns de las manos de María Luisa. Los promovedores de esta expedición quisieron conducir á las Tullerías las galeras que contenían los diez millones, como una parte de los bienes públicos recuperados que ofrecer en homenaje al conde de Artois; y efectivamente aquella cantidad fué puesta tal como la habían hallado á disposición del príncipe.

Pero cuando el barón Louis, ministro de Hacienda, tuvo noticia de este acto, se irritó hasta más no poder. Este funcionario, ya lo hemos dicho, poseía un alma ardiente, pero superior; estaba imbuído en los más sanos principios de hacienda, y conociendo todos los recursos que podía proporcionar el crédito, era él solo capaz, en

las circunstancias en que se hallaba, de establecerle y desarrollarle con buen éxito. Á lo elevado, á lo profundo de sus miras, reunía un amor tal al método, al orden, que era más bien una pasión en él. Había abrazado la causa de los Borbones con entusiasmo, no por estar conforme en su manera de pensar con la emigración, sino porque deseaba sinceramente una sabia libertad, que no esperaba obtener más que de los Borbones. Sin embargo, á pesar de su adhesión al nuevo gobierno, al saber que se habían transportado á las Tullerías los diez millones, que por otra parte necesitaba indispensablemente, se irritó contra el acto que le proporcionaba aquellos recursos. Reunió á los principales personajes que componían el ministerio y el consejo del príncipe, les dió cuenta del hecho y declaró que si no se restituían inmediatamente al Tesoro los diez millones presentaría su dimisión, motivándola en esto. Todos se esforzaron en apaciguarle, le aconsejaron que fuera á ver al príncipe, que le hiciese conocer con moderación y comedimiento las reglas establecidas desde 1789 en la administración de la fortuna pública, y le prometieron que serían satisfechos sus deseos.

Un tanto apaciguado, corrió el ministro á las habitaciones del príncipe, le sorprendió sin disgustarle con el vigor de su lenguaje y le halló fácilmente dispuesto á devolver unos bienes que no trataba de apropiarse, y de los cuales hubiera hecho uso á lo más en favor de sus amigos desgraciados, si no se le hubiera dicho que eran indispensables, en beneficio del Estado, para satisfacer las cargas públicas. Los diez millones quedaron reducidos á 500 mil francos, poco más ó menos, necesarios para los gastos particulares del príncipe.

Estos recursos llegaron muy oportunamente, y recibidos desde luego en valores metálicos, su oportunidad no tenía precio. Quizás ningún otro hombre ha comprendido tan bien como Mr. Louis que el secreto del crédito consiste en el puntual cumplimiento de las obligaciones que se contraen para alcanzarle. En casi todas las épocas propenden los partidos á dar poca importancia á los compromisos que han dejado pendientes sus antecesores; y por entonces, siguiendo esta inclinación, no faltaron realistas dispuestos á considerar como poco respetables las deudas del imperio y de la revolución. Pero Mr. Louis proclamó muy alto que, aunque se hallaba pronto á conservar los caudales del Tesoro, no llegaría en su deseo de conservar hasta el punto de defraudar á los acreedores del Estado; que, por consiguiente, las deudas anteriores, fuese cualquiera su origen, serían rigurosamente satisfechas, y añadió lo que únicamente daba carácter de formalidad á su declaración, que se hallaba resuelto á mantener los impuestos existentes á pesar de los clamores de los partidos y de las masas populares. Algunas palabras irreflexivas, pronunciadas por los príncipes en un primer momento, no debían ser, en su juicio, una razón para separarse de los verdaderos principios administrativos. Los derechos reunidos y las quintas eran imprescindibles, porque todo gobierno necesita soldados y dinero. Así es que debía tenerse valor para mantenerlos. La presencia del conde de Artois, que había sido el más pródigo de los príncipes en hacer promesas imprudentes, no estorbó para nada al enérgico ministro, y declaró que si no se acordaba inmediatamente el sostenimiento de todas las contribuciones ordinarias

y extraordinarias votadas ya para 1814, le sería imposible dar ningún paso, y que por tanto no se encargaría de nada.

El consejo satisfizo sus deseos, manifestándole que cuando el rey llegase se procedería á un examen profundo y definitivo de los impuestos existentes. Mr. Louis logró, pues, sostener provisionalmente los derechos reunidos, salvos algunos cambios de forma concedidos á las exigencias de la época.

Del mismo modo al mantener Mr. Louis el derecho llamado de *detail*, ó de la venta al por menor, impuesto sobre las bebidas espirituosas, y siempre el más odiado de las masas populares por ser cobrado en las tabernas, dispuso que en los puntos donde hubiese fieltos se convirtiese este derecho de *detail* en un aumento del derecho de *entrada*. Igualmente introdujo algunas simplificaciones en el derecho llamado de *movimiento* ó de trasiego, que se percibía al mismo tiempo de hacerse la mudanza de las bebidas de un envase á otro, y aparte de estas leves concesiones, Mr. Louis permaneció inalterable en sus principios acerca de los impuestos, logrando poner de acuerdo con su dictamen á todo el consejo. Mr. Talleyrand y sus colegas se sonreían al ver la fogosidad del ministro de Hacienda, pero al mismo tiempo daban ejemplo al conde de Artois respetando aquella pasión tan rara por el bien público y condescendiendo con ella. El conde de Artois, ignorante y fácil de convencer, y por otra parte olvidado de sus promesas, dejó obrar al consejo y al ministro, hallándose todavía muy dispuesto á escuchar á los hombres que pasaban por saber lo que él y sus compañeros de infortunio ignoraban completamente.

Los intereses tienen, si así puede decirse, un tacto activo y delicado, y depositan prontamente su confianza en los que la merecen. No se tardó en saber que había un ministro de hacienda pronto á pagar sin excepción alguna las deudas legítimamente probadas, y dispuesto para lograr este deseo á sostener los impuestos necesarios, cuidándose muy poco de ser impopular con tal de establecer el crédito en la nación; y el crédito fué en efecto creado como por encanto, gracias á la paz asegurada en lo sucesivo, y gracias á un ministro que tan franca y enérgicamente ponía en práctica los principios que profesaba. Los hombres de negocios, primeros órganos de la confianza pública, se apresuraron á secundar á Mr. Louis, facilitándole los medios de recurrir inmediatamente á una medida que antes hubiera sido imposible de llevar á cabo, la de crear créditos á corto vencimiento, es decir, bonos reales.

El uso ha consagrado en los Estados modernos dos clases de deuda: la consolidada, cuyos títulos son sin vencimiento ó con vencimiento á largo plazo, y la flotante, cuyos títulos son á corto vencimiento y cuyo interés varía según la situación del crédito. Lo mismo en Inglaterra que en Francia hay títulos de la renta perpetua y bonos del *Echiquier* ó del *Tesoro*. El descrédito ocasionado por la bancarota había sido tan grande después del Directorio, que durante el imperio de Napoleón no se habían podido nunca emitir bonos del Tesoro, viéndose el gobierno obligado á disimular al principal comprometido, es decir, al mismo Tesoro. Con este fin se acudió desde luego á los bonos de los recaudadores generales, y después que Mr. Mollién creó muy

acertadamente la Caja de asistencias, los bonos de los recaudadores generales se convirtieron en bonos de la indicada caja. Estos eran en realidad bonos del Tesoro, sino que no se atrevían á darles su verdadero nombre. En 1814 la Caja de asistencias llegó á estar tan atrasada en el pago de sus deudas, que no se pudo añadir un solo cupón á los que ya circulaban. Mr. Louis no vaciló en crear una nueva deuda flotante, emitiendo diez millones en bonos reales, á plazo corto y á un interés proporcionado á las circunstancias; y estos diez millones, gracias á la confianza que el ministro inspiró, fueron acogidos sin desconfianza.

Se habían recibido de Orleáns diez millones en metálico; las contribuciones subsistentes, aunque no satisfechas por algunas provincias, habían proporcionado algunos recursos, y se pudo distribuir para el primer mes á los diversos ministerios cincuenta millones, pagados al contado, lo que permitió poner al corriente todos los servicios. Con esta medida recibieron inmediatamente los negocios un ventajoso impulso, que contribuyó mucho á reanimar el crédito con que la nación debía vivir en adelante. Al mismo tiempo que Mr. Louis comenzó de este modo á desarrollar el crédito, se consagró igualmente con gran tesón á mantener el orden, que había sido el principal mérito de la Hacienda imperial, y prosiguió poniendo en práctica la costumbre establecida de presentar todos los meses al consejo el estado de las necesidades del mes siguiente, para conocerlas y buscar los recursos necesarios con el fin de llenarlas.

La administración de la Hacienda, que era la tarea más difícil del nuevo gobierno, había sido sacada de su primer embarazo, gracias al hábil y vigoroso ministro que había cargado con todo el peso de este trabajo; pero todavía era preciso vencer la grave dificultad que nacía de la situación anormal del comercio, situación que ya hemos indicado aunque muy por encima. Si Napoleón, por falta de paciencia, no había logrado con el bloqueo continental vencer á la Inglaterra, había por lo menos echado los cimientos de nuestra industria. El hilado y el tejido de algodón y de lana, la fundición y diferentes aplicaciones del hierro, habían progresado notablemente en nuestro país. La extracción del azúcar de los productos vegetales peculiares de Europa, la coloración de los tejidos por medio de agentes químicos, habían hecho adelantos no menos sorprendentes. Nuestros productos podían ya presentarse en todos los mercados en estado de inferioridad en cuanto á su precio, pero de igualdad y algunas veces de superioridad en cuanto á su perfección, comparativamente con los productos británicos. Pero Napoleón, al querer dar un golpe de muerte, tanto al comercio como á la industria de la Gran Bretaña, no se limitó á rechazar los productos fabricados por los ingleses, sino que prohibió asimismo las primeras materias exportadas por el pabellón británico, tales como los algodones en rama, los añiles, el palo campeche, los azúcares, los cafés, etc. Posteriormente substituyó la prohibición en 1810 con la famosa tarifa del 50 por 100 como derechos que debían pagar estos productos. Sin embargo, nuestras fábricas podían soportar esta carga, garantidas como estaban contra la concurrencia inglesa por las prohibiciones absolutas de que hemos hecho mención. Fácilmente se comprenderá, sin que nos detengamos á explicarlo, el trastorno que causaría en